

HISTORIA PANORÁMICA DE LA VIDA DE MONSEÑOR EDUARDO POVEDA RODRÍGUEZ (1920-1993). OBISPO DE ZAMORA

FRANCISCO JAVIER AZNAR SALA¹

Fecha de recepción: marzo de 2018

Fecha de aceptación y versión definitiva: septiembre de 2018

RESUMEN: El objetivo de este estudio es la reconstrucción de la historia de la vida quien fuera obispo de Zamora entre 1976 y 1991, don Eduardo Poveda Rodríguez. Se trata de un estudio que nos permite acercarnos a lo que constituyó su misión en medio de la porción del pueblo de Dios que le fue confiada. La vida y misión del obispo ha podido ser reconstruida gracias a los múltiples recortes de prensa y entrevistas que hemos ido recabando y analizando pormenorizadamente. No se ha tratado de una tarea fácil, pero con minuciosidad y perseverancia hemos llegado a alumbrar una visión de su labor pastoral lo más fidedigna posible.

PALABRAS CLAVE: historia de la vida; episcopado; pastoral; profesor de filosofía; defensa de la vida.

A Compilation of the Life of Monsignor Eduardo Poveda Rodríguez (1920-1993). The Bishop of Zamora

ABSTRACT: The objective of this study is Eduardo Poveda Rodríguez's life story reconstruction, who was the former bishop of Zamora between 1976 and 1991. This study allows us to get closer to what his mission was in the midst of the portion of God's people that was entrusted to him. The life and mission of the bishop have been able to be reconstructed thanks to the multiple press headlines and interviews that we have been gathering and analyzing in detail.

KEY WORDS: Life history; episcopate; pastoral activities; philosophy teacher; defense of life.

¹ Universidad Católica Valencia. Departamento de Teología, Razón y Fe y Moral Católica. Correo electrónico: fjavier.aznar@ucv.es.

INTRODUCCIÓN

El 16 de febrero de 1992 un pueblo de la diócesis de Valencia, Villanueva de Castellón, rindió homenaje popular a uno de sus hijos más ilustres, el que fuera obispo de la diócesis de Zamora don Eduardo Poveda Rodríguez. Para tal fin se constituyó una comisión organizadora integrada por numerosas personas venidas de todos los ámbitos civiles y estamentos eclesiales, tanto de la población como fuera de ella. La idea de este homenaje, que en su día recibió don Eduardo, nació del entonces párroco de la localidad don Francisco Claramunt. El acto estaba más que justificado y el eco social del mismo fue notorio en toda la población y en las diócesis de Valencia y de Zamora. La única información pública local que del siervo de Dios podemos encontrar es la de una placa conmemorativa que figura a la entrada de la iglesia parroquial y que sufragó el entonces Ayuntamiento de la localidad, con la única condición de que la leyenda figurara en valenciano.

La placa de mármol reza así: «En memoria del homenaje a Mons. Eduardo Poveda Rodríguez, Obispo de Zamora, hijo de este pueblo. Villanueva de Castellón, 16 de febrero de 1992». En la actualidad, ninguna avenida, plaza o calle lleva por nombre el de este ilustre castellanense, y su recuerdo ha quedado únicamente en la memoria de los mayores y de la de numerosos feligreses de la diócesis castellanoleonesa que aún le recuerdan con gran afecto. Fruto de ello ha sido la publicación de un libro con motivo del 25 aniversario de su muerte. Como él mismo señaló, tras una alocución a su pueblo natal, el día de la Coronación de su patrona: «Así hemos querido hacer patente la alegría de nuestro Centenario: porque un pueblo sin memoria es un pueblo sin futuro. Por eso, al celebrar nuestra historia y nuestras raíces, no podíamos olvidar la celebración de nuestra Madre y Patrona, unida como siempre a la piadosa imagen del Santísimo Cristo de los Prodigios» (Poveda, 1987).

El presente artículo procura proporcionar una semblanza de vida y de las obras que realizara el que fuera obispo de la diócesis de Zamora durante el periodo comprendido entre el año 1976 y 1991. Es importante este estudio porque nos sitúa ante la recién estrenada democracia española, después del franquismo, y las vicisitudes que pasó la Iglesia en este periodo complejo. Así lo recuerda el actual obispo de León al recordar su llegada a la sede castellanoleonesa: «Cuando don Eduardo llegó a Zamora en noviembre de 1976, en los comienzos de la denominada transición política, las relaciones Iglesia-Estado en España habían atravesado un periodo tenso y problemático» (López Martín, 2018, p. 11). Se trata, por tanto, de una persona no muy conocida en el presente pero que tuvo un notable peso en la Iglesia española

del momento. Sus cualidades humanas e intelectuales, así como el cometido a él encargado de articular la defensa de la vida, en un periodo donde comenzaban a detectarse ciertos ataques en forma de ideas abortistas, lo hacen merecedor de este trabajo en forma de recopilación biográfica. Se trata de un trabajo de divulgación más que teórico y puede ayudar a posteriores estudios sobre la figura propuesta en el plano académico. Hasta el momento nadie se había ocupado de este estudio ni de trabajar en forma de artículo la vida de don Eduardo Poveda. Cabe señalar que no nos referimos únicamente en este trabajo a su vida episcopal, sino que trata de reflejar toda su vida para ser así mejor entendida su persona, máxime cuando en el pasado 2018 celebrábamos el 25 aniversario de su muerte (1993-2018).

1. JUSTIFICACIÓN DEL TEMA

El presente trabajo es fruto de una cuidadosa investigación documental, literaria y de recogida de testimonios directos que nos han permitido acercarnos con la mayor fidelidad posible a la historia de vida del personaje escogido. Se trata de la vida y de la labor apostólica del que fuera obispo de la diócesis de Zamora (1976-1991) don Eduardo Poveda Rodríguez. La metodología biográfico-narrativa da sustento a cualquier investigación social y nos permite crear nexos de unión a través del método de investigación-participación, estudios biográficos y de historias de vida.

Las historias de vida consisten en una serie de investigaciones cualitativas que se encuadran dentro del denominado método biográfico. El objetivo principal es analizar y transcribir la investigación llevada a cabo en la biografía de una persona determinada gracias a relatos, documentos y testimonios que nos faciliten terceras personas (Perelló, 2009). El análisis de los datos recogidos nos permitirá, a través de la indagación, reconstruir una vida determinada en medio de un contexto histórico concreto. En las historias de vida el papel del investigador es sustantivo y, a la vez, sirve de contraste y filtro de toda aquella información que recibe y que ordena, dotándola de sentido (Goodson, 2004, p. 23). La técnica de investigación-cualitativa, basada en historias de vida, despunta en los años noventa como un tipo de metodología significativa que sirve a las ciencias sociales en conjunto, y su alcance trasciende los datos meramente cuantitativos, pues esos datos dejan mucha información en forma de detalles. De este modo, Ruiz Olabuénaga (2012), considera que confluyen cuatro objetivos investigadores en las historias de vida que han de ser desarrollados según las posibilidades que ofrezca la figura estudiada. Aunque considera que no siempre es posible

cumplir todos y cada uno de los objetivos in extenso, pero cabe intentar llegar a todo lo que se pueda:

1. Captar la totalidad, o lo que la investigación nos permita, de una experiencia biográfica, tanto en el tiempo como en el espacio, desde la infancia hasta el presente histórico.
2. Captar los cambios que se dan en una vida, desde un proceso vital lógico y racional.
3. Captar la visión subjetiva e intenciones de un determinado personaje.
4. Descubrir las claves de la interpretación de los fenómenos sociales a través de la experiencia personal.

Aunque los objetivos que nos habíamos propuesto al inicio de nuestra investigación eran especialmente ambiciosos, es justo señalar, y somos conscientes de ello, que los hemos cubierto de forma parcial, pues el acceso a toda la información posible no ha sido sencillo. Por ello, nos hemos ayudado de testimonios externos que nos hablan de su vida y de su misión apostólica. No porque no existan tales documentos que son valiosos y se irán recopilando con paciencia y que consideramos será enriquecido en ulteriores investigaciones más centradas en sus obras y su pensamiento y que responderán mejor al segundo de nuestros objetivos trazados. De hecho, son pocos los textos o las entrevistas que del autor hemos hallado, aunque recientes investigaciones que estamos llevando a cabo, nos confirman que es posible recuperar parte de sus escritos en artículos posteriores.

En nuestra investigación partiremos de un objetivo principal que pretende abarcar la biografía de un personaje señero en la vida religiosa española en pleno periodo de la transición política de nuestro país. Para tal fin, nos hemos de acercar a aquellos testimonios que nos permitan comprender mejor su figura en el nivel de los valores; introducirnos en aquellos escritos que tenemos al alcance y que se deriven de su vida pastoral o de los escritos de terceras personas que se hayan acercado al personaje durante su vida. Muchas dimensiones y vías de acercamiento paralelas han surgido y pueden ir surgiendo a raíz de estos estudios, por lo que cabe estar atentos a cualquier detalle que se nos presente y que pueda enriquecer nuestra línea de investigación. Las historias de vida nos permiten conocer y comprender la vida de personas que han tenido un gran peso en la trayectoria histórica de nuestro país y que corren el riesgo de quedar en el olvido, con lo que algunos eslabones de la cadena de comprensión histórica quedarían cada vez más velados y la consiguiente pérdida de información resultaría casi irrecuperable.

En nuestro estudio carecemos de la presencia física del primer informante, por lo que la investigación cualitativa y la minuciosidad del trabajo

se tornan más complejas; es más, muchos de los informantes que vivieron junto a él también han fallecido. No obstante, sabemos que para que una historia de vida sea vista como tal se requiere de numeroso material complementario a la información que el propio entrevistado nos pudiera ofrecer: documentos, fotografías, revistas, recortes de periódicos, escritos de toda índole, que van afianzando todo el hilo argumental y el proceso de investigación. Una vez recogida la información necesaria, procederemos a la transcripción, procurando mantener el léxico y las expresiones del informante. El hecho de que el investigador y el investigado procedan del mismo pueblo natal, y, por tanto, «se inserten en idéntico ámbito lingüístico y el mismo contexto cultural, puede ayudar a situar mucho mejor la biografía estudiada» (Szczepanski, 1978, p. 73).

No se alcanzaría a valorar la importancia de la historia de vida que pretendemos reconstruir —para que quede al servicio de la ciencia— sin un entendimiento de la complicada tarea que afronta todo obispo como sucesor de los apóstoles al servicio de una porción de la Iglesia universal. Además, esta biografía se encuadra en uno de los momentos más difíciles de la Iglesia católica en España, como fue el intento de emancipación de esta institución de cualquier atavismo político que coartara su libertad en temas tales como, entre otros, la elección de terna de los obispos. Tras la progresiva autonomía de la Iglesia de lo que se denomina nacionalcatolicismo y el fin de la dictadura, la democracia trajo consigo leyes como la despenalización del aborto, mientras se intensificaba la defensa de la Conferencia Episcopal Española (CEE, en adelante) en favor de la vida y, precisamente en este ámbito, la voz más enérgica fue la del prelado que nos ocupa. No obstante, la misma CEE parecía dividida en su momento respecto a una serie de cuestiones todavía incipientes y que ya apuntaban amenazantes y a las que era necesario dar una respuesta y posicionarse en el plano social, con tal de orientar a los fieles en materia de fe y costumbres.

La historia de vida a partir de la investigación de los datos proporcionados por los medios de comunicación de la época, no es algo que haya sido trabajado en profundidad en España (López Hidalgo, 2002), pero sí que ha sido una metodología ampliamente utilizada en otros países. Cuando la entrevista al primer informante no es posible realizarla, nos acercamos a su vida a través de lo que cuentan testigos diversos y, sobre todo, a través de lo que la hemeroteca nos pueda proporcionar. En este caso, hemos podido recoger con esfuerzo y dedicación una serie de artículos de prensa que nos permiten acercarnos al personaje histórico en su coyuntura concreta, vista y analizada por los ojos de los informantes del momento.

2. INFANCIA Y JUVENTUD DE DON EDUARDO

Nacido el 25 de septiembre de 1920 en Villanueva de Castellón, fue bautizado en la Iglesia Parroquial de Ntra. Sra. de la Asunción a los tres días de su nacimiento. Hijo único de una familia sencilla, su padre, Eduardo Poveda Ripoll, oriundo de Monóvar, se estableció en esta población con un pequeño comercio de ultramarinos en la Plaza del Olmo. Contrajo matrimonio con Vicenta Rodríguez Marzal, natural de esta población ribereña del Júcar. Desde pequeño mostró gran afición por los libros y por la escritura, al tiempo que era educado en una profunda piedad religiosa. Esta familia, y muy concretamente doña Vicenta, se vinculó mucho a la de Encarnación Roca, la cual sustituyó a la madre de Poveda en el cuidado y educación de los monaguillos. Despuntó desde muy niño en la escuela de don Remigio Sanchis², a la vez que acudía a aprender solfeo en la prestigiosa banda de música local la Lira Castellonense, donde aprendió a tocar el clarinete y participó en numerosos conciertos. También asistió desde muy pequeño al Colegio de las Hermanas Dominicas, donde, con el tiempo, sería uno de los alumnos más preparados de la Hermana Asunción Doménech Pedrosa³.

3. VOCACIÓN SACERDOTAL Y FILOSÓFICA

Más tarde, y después de manifestar desde tierna edad su inclinación al sacerdocio, ingresó en el Seminario Metropolitano de Valencia el día 15 de noviembre de 1939, y fue ordenado sacerdote el 2 de enero de 1949. En aquel entonces, el que era Rector del Seminario, don Antonio Rodilla, le requirió como Superior del Seminario, labor que simultaneó con la de coadjutor de la localidad valenciana de Turís. En el año 1951 fue enviado por la diócesis a cursar estudios de filosofía en la prestigiosa Universidad Católica de Lovaina (Bélgica). En el tiempo dispuesto, obtuvo el grado de Licenciado, en el año 1953, con una tesina que llevaba por título «La filosofía de Ortega y Gasset, desde la razón vital hasta la razón histórica». Es importante reseñar la apertura intelectual de don Eduardo Poveda, puesto que aunó magistralmente su condición de hombre de firmes y profundas convicciones religiosas con un talante abierto y dialogante con el mundo de la cultura. Se

² Maestro muy querido en el pueblo y al que se le dedicó una calle.

³ Religiosa muy querida por todos por su bondad y dedicación a la educación de los más jóvenes. Por tal motivo tiene una calle dedicada en el pueblo.

atrevió con un estudio filosófico sobre el pensamiento de Ortega y Gasset, cuando éste, junto con Unamuno, se hallaba cuestionado por parte de amplios sectores de la Iglesia Católica en aquel momento, debido a su actitud en los años inmediatamente anteriores y posteriores a la contienda bélica española:

A principios de los años cincuenta, una serie de intelectuales católicos iniciaron una crítica del sistema nacional-católico y un intento de empalmar con otros intelectuales desechados por el sistema político, especialmente con la generación del 98, tales como Miguel Unamuno, Azorín, Marañón, Ortega y Gasset y Antonio Machado, quienes introdujeron un clima de distensión y reconciliación nacional. Venían en proseguir de alguna forma, la obra y actitud de J. Bergamín y el grupo de la revista *Cruz y Raya*, representantes de otro tipo de catolicismo en la época de la II República y la Guerra Civil (Cárcel Ortí, 2002, p. 231).

Don Eduardo supo rescatar lo que de bueno había en Ortega, pues su pensamiento tenía ideas que se podían conciliar perfectamente con el cristianismo. El futuro obispo, hijo de las tierras de Levante, supo entender las circunstancias históricas por las que tuvieron que pasar tanto el filósofo español como su mujer e hija durante la Guerra Civil. Ciertamente se hizo eco del pensamiento de Ortega y supo trascender las circunstancias históricas, pues Ortega, en ese momento fue, más que nunca, «él y sus circunstancias». En el fondo, Ortega no era más que un espíritu ilustrado que procuraba que su nombre no se vinculara con religión alguna. Dirigió el diario *El Sol* haciendo gala de un carácter levemente laicista, y ello le granjeó alguna que otra actitud de sospecha por parte de algunos prelados, hasta el extremo de que sus escritos estuvieron a punto de figurar en el «Índice de libros prohibidos por la Iglesia». Al final no fue así.

4. PROFESOR DE FILOSOFÍA

A su regreso de Bélgica fue nombrado profesor en el Seminario Metropolitano de Valencia y se hizo cargo como docente de varias asignaturas de Filosofía: Introducción a la Filosofía, Teoría del Conocimiento e Historia de la Filosofía Moderna y Contemporánea. Explicaba a Kant con asombrosa facilidad. Sus clases, según el testimonio de numerosos alumnos, destacaban por la profundidad filosófica, la claridad en la exposición, no siempre los sabios logran claridad al exponer, y en este caso la claridad fue la cortesía del filósofo, a la vez que sus explicaciones repletas de un marcado carácter espiritual que él sabía proyectar sobre la vida y el futuro ministerio de sus

alumnos, ya fueran futuros sacerdotes u hombres del mundo de la cultura, como así fue.

En sus clases sobre Teoría del Conocimiento los alumnos recuerdan con gran afecto su persona y la manera como les ayudaba a pensar. Por ejemplo, les decía: «cuando alguien entra en un cuarto de estar y levanta las faldillas de la mesa para saber qué hay debajo, está haciendo filosofía. Saber qué hay debajo de las cosas...» y don Eduardo lo llevaba a la praxis, de ahí que no le resultara difícil pasar del conocimiento de los seres al conocimiento del Ser. Además, tenía el don de la ironía característico de los labradores valencianos de la Ribera; se trataba de ese humor, en ocasiones cínico y socarrón, y a la vez desdramatizador de situaciones complejas. Explicando a Karl Marx, en plena clase de filosofía, de repente soltaba una broma refiriéndose al filósofo y padre del socialismo: «Xe Carlitos, quanta feina ens has donat i ens donarà's»⁴, —arrancando la sonrisa de sus alumnos—.

Un nutrido grupo de estudiantes pasó por sus clases de filosofía entre los años 1953 y 1976, todos le recuerdan con gran afecto y como el gran amigo que fue. Profesor de trato directo con sus alumnos, además de hombre afable y de buenos consejos, aficionado a dar largos paseos en el transcurso de los cuales, sin prisas, se entregaba a un diálogo fraterno mientras fumaba un pitillo. Le adornaban las virtudes del respeto y la tolerancia, poco usuales en aquel ambiente universitario, lleno de autoritarismo y dogmatismo. El que le sucediera como obispo de Zamora, Juan María Uriarte, lo recuerda en esta tesitura de buen filósofo cuando don Eduardo llegó a la diócesis castellana: «Venía a Zamora con una brillante aureola de profesor de filosofía en el Seminario Metropolitano de Valencia. Muy estimado y valorado por sus alumnos de la tierra levantina, conocía a fondo a los filósofos de la modernidad. Sus convicciones filosóficas desbordaban con mucho los precisos, pero estrechos límites de la filosofía eclesiástica» (Uriarte, 2018, p. 9).

Así lo recuerda concretamente don Josep L. Blasco (1941-2003), que fue decano de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación en Valencia, y que a la vez fue su alumno, discípulo y amigo, en un momento en que su vida se sumergía en la duda creyente. Don Eduardo fue entonces más amigo que nunca, animándole a tomar, conscientemente, sus propias decisiones, y dejándole claro en todo momento que su amistad estaba por encima de cualquier circunstancia personal. Dio muestra de ello el día en que ofició su enlace matrimonial y así lo recuerda el decano: «Esa tolerancia de don

⁴ Su lengua valenciana lo hacía muy particular, y cuando pensaba en tono sarcástico le salía con naturalidad. En esta ocasión, refiriéndose al padre del comunismo Karl Marx y con la intención de quitar dramatismo a la escena dijo: «Vaya Carlitos, cuánto trabajo nos has dado y nos seguirás dando».

Eduardo, en mi caso, llegó a límites admirables: pocas personas saben lo que fue capaz de hacer en mi ceremonia matrimonial, que él ofició, con tal de evitarme problemas familiares, dado ya el inicio de mi proceso de abandono de creencias religiosas, proceso bien conocido por él y en el cual fue exquisitamente respetuoso desde su optimismo cristiano (Blasco, 1993, p. 38)». Otro de sus alumnos eminentes, actual obispo de Huelva, don José Vilaplana Blasco, le recuerda del mismo modo dentro del marco de una relación muy estrecha que se prolongó durante toda su vida. Así subraya tres etapas muy importantes en las que don Eduardo tuvo gran incidencia en su vida sacerdotal y en su formación académica:

La primera es la imagen que tengo de él como profesor, concretamente de Introducción a la Filosofía, Teoría del conocimiento e Historia de la Filosofía. Un profesor cercano, claro y buen pedagogo, que daba a la clase un tono familiar; que hacía agradable la dura filosofía. La segunda como director del Convictorio sacerdotal, etapa en la que nos acompañó como un buen padre en el momento de nuestra ordenación sacerdotal y primeros pasos del ministerio. La tercera fue la etapa en la que le recuerdo como obispo, hermano mayor, con el que pude profundizar nuestra amistad. Por último, le acompañé emocionado en el momento en que su cuerpo fue depositado a los pies de la Virgen del Tránsito (Vilaplana Blasco, 2018, p. 14).

5. DIRECTOR ESPIRITUAL Y CONSILIARIO DE ACCIÓN CATÓLICA UNIVERSITARIA

Alternó la docencia con la capellanía de las Salesas de Godella. En esta época fue nombrado director espiritual del Colegio Domus, y consiliario de Acción Católica Universitaria. Su método de Pastoral Universitaria fue dando paulatinamente sus frutos, pues transparentó vivamente el amor de Dios hacia los hombres: «Entre aquellos alumnos hay sacerdotes muy preparados en diversos campos de las ciencias eclesiásticas, algunos de los cuales son obispos actualmente. Entre una de sus alumnas figura Dña. Rita Barberá que fuera alcaldesa de Valencia y que siempre ponía por las nubes a su querido profesor» (López Martín, 2018, p. 12). Poseemos el inestimable testimonio de Rosalía, actualmente misionera de la Congregación de las Hermanitas de Jesús en México, y que en este periodo juvenil coincidió con don Eduardo. La prudencia que manifestaba en las decisiones ajenas y que no siempre eran fáciles de tomar, pues iban a marcar las vidas de aquéllos a los que aconsejaba, era exquisita. No faltaba el atento sacerdote-amigo que diera el mejor de los consejos, siempre velando por el bien del alma y el de

su familia, pero en última instancia siempre decía: «Això ho has de decidir tu mateix»⁵. Rosalía recordaba en un artículo de prensa la figura de don Eduardo en este periodo universitario tan importante para ella:

Yo conocí a don Eduardo en mi época de colegio en Domus. En aquel entonces me limitaba a ir a misa los domingos para cumplir y punto. Pero recuerdo que me gustaban mucho las celebraciones litúrgicas que don Eduardo hacía para Navidad y Semana Santa en las que yo participaba activamente por pertenecer al coro. Así llegué al famoso Preuniversitario de entonces y recuerdo que un día nos habló al grupo de PREU del amor que Dios nos tiene y de nuestra respuesta a ese amor: No recuerdo bien lo que nos dijo, sólo recuerdo que me surgió la pregunta: Y eso, ¿por qué no nos lo han dicho antes? Él me contestó: porque no estáis capacitados para comprenderlo. Creo que hizo brotar en mí la inquietud de vivir el Evangelio. Después me fui a estudiar a Granada pero seguía viéndole cuando venía a Valencia de vacaciones. Fue una de esas veces cuando al pedirle que me dejara algún libro de oración me indicó «En el corazón de las masas»⁶ y ese fue el origen de mi vocación (Fita Revert, 1994, p. 27).

6. DELEGADO DIOCESANO PARA EL CLERO Y DIRECTOR DEL CONVICTORIO

A esta época pertenece un escrito suyo titulado «El tratado De suppositionibus dialectilis» de San Vicente Ferrer y su significación histórica en la cuestión de los universales. Más tarde es nombrado para cargos de mayor responsabilidad aún: Delegado Diocesano para el Clero y Director del Convictorio. Desde este último cargo, le tocó la delicada tarea de iniciar a los diáconos en los primeros pasos de la labor pastoral, y, como afirmaba sobre él el entonces Arzobispo de Valencia Monseñor José María García Lahiguera «A su tacto humano y sobrenatural se debe en muy buena parte el feliz rendimiento apostólico de las generaciones jóvenes de nuestro clero» (Claramunt, 1992, p. 2). La relación con los diáconos fue excelente, de trato cordial pero basado en todo momento en la verdad del ministerio, sin ocultarles en ningún momento la importancia de la misión. El filósofo que en él se escondía se mostraba, en numerosas ocasiones, en medio de una conversación sencilla, cálida y afable, como el mismo respirar de la vida. Cuando

⁵ «Eso lo tienes que decidir tú».

⁶ René Voillaume, su autor, es el fundador de la «Congregación de los Hermanitos de Jesús» y en él evoca la figura señera de Carlos de Foucauld (el ermitaño del desierto).

se acercaban los diáconos a las puertas del ministerio, les prevenía de la tentación, siempre latente, de tomar el ministerio como un juego inocente y no ser del todo conscientes de la grandeza y madurez que requería dicho servicio, al tiempo que les instaba a no asumirlo como una salida personal, de prestigio o reconocimiento social. Textualmente les decía en su amable valenciano «No ho agarreu com un comboiet, —deia amb serietat—»⁷ (Escrivà Gregori, 1999, p. 10).

Como un padre que se preocupa por sus hijos, pero sin nada de paternalismos, les repetía constantemente: «Posats a fer les coses, més val fer-les bé que mal»⁸ (Escrivà Gregori, 1999, p. 10). En todo momento les infundía la firme convicción de que fueran fieles administradores del don que se les iba a encomendar, y ante todo, que fueran «buenos chicos», con la carga emotiva que para un valenciano tiene esta expresión, y es que «quan parlava de cor ho feia en valencià»⁹ (Sanus, 2009). La valencianía de don Eduardo era una seña de identidad, debemos recordar que eran aún tiempos de la dictadura y estaba mal visto hablar el valenciano en público y también en el Seminario Mayor de Valencia y demás instituciones, pero que a él le salía completamente natural y con cierta dosis de mayor cercanía para muchos seminaristas que se sentían como en casa.

7. OBISPO DE ZAMORA: «NOS AUTEM GLORIARI OPORTET IN CRUCE DOMINI NOSTRI JESU CHRISTI»

Fue nombrado Obispo de Zamora el 13 de octubre de 1976 (día de su onomástica, contaba entonces 56 años y fue nombrado al tiempo que don Juan María Uriarte, posterior obispo auxiliar de Bilbao y que sucedería a don Eduardo en Zamora. La diócesis zamorana estaba vacante desde el 13 de abril de 1973, fecha en que monseñor Buxarraís fue trasladado a Málaga. Regía desde entonces la diócesis de Zamora el obispo de Astorga, monseñor Antonio Briva, y lo hacía como administrador apostólico. Es por este motivo por lo que la ciudad Castellanoleonese estaba ávida de tener un pastor que guiara a diario sus caminos. En el mismo período, junto a don Eduardo, fueron elegidos dos prelados más formados en la diócesis Valentina, los nuevos obispos de Ibiza y Plasencia, monseñores Gea y Vilaplana. Según recogió el periódico de La Vanguardia Española, «los últimos nombramientos de

⁷ «No lo cojáis como una ilusión pasajera —decía con seriedad—».

⁸ «Puestos a hacer las cosas, más vale hacerlas bien que mal».

⁹ «Cuando hablaba de corazón lo hacía en valenciano».

obispos no fueron interferidos por la autoridad pública» (La Vanguardia, 1976, p. 27), cosa que al parecer era bastante normal en el contexto de la dictadura.¹⁰ Así lo narra en sus memorias don Amadeo Romá, entonces secretario del Ayuntamiento de Villanueva de Castellón: «Fue una gran noticia, y echamos literalmente las campanas al vuelo. Era el primero [obispo] que se nombraba sin intervención del Estado. Poco antes, el Rey había renunciado al privilegio de presentación» (Romá, 2002, p. 253).

Don Eduardo Poveda fue consagrado en la catedral de aquella diócesis castellana por el Nuncio Apostólico, Mons. Luigi Dadaglio, el 21 de noviembre de 1976. Como lema episcopal escogió el siguiente: «Nos autem gloriari oportet in cruce Domini Nostri Jesu Christi»¹¹. En su consagración episcopal el Nuncio de S.S. Pablo VI lo presentó como «otro Juan XXIII», debido a su intuición y humanidad desbordantes que se asemejaban a las del papa Roncalli. Sin duda, su forma de ser, sentir, exponer y obrar llegó a las altas esferas eclesiásticas, a las que no pasó inadvertida la figura de este valenciano tímido, pero de fe firme y viva inteligencia. Con este bagaje se dirigió por primera vez a la diócesis que le había sido encomendada, ya sin ningún lazo que le atara a su tierra natal. Llegó con el pitillo de «Ideales» en la boca, pues era un empedernido fumador de un tipo de tabaco conocido vulgarmente como «caldo», y es que cuando Dios llama no anula al hombre, sino que se sirve de su manera peculiar de ser:

Al entrar en el límite de la que iba a ser su diócesis paró el coche, un SEAT 850 de color amarillo conducido por él mismo, se arrodilló y besó el suelo, haciendo guardar secreto de ello a quienes le acompañaban. Ello daba muestras de la humildad del siervo de Dios en la que fundamentó su vida desde joven. Aquellos que le vieron aseguran que no fue algo protocolario, sino todo lo contrario: contemplaron a un sacerdote postrado, haciendo ofrenda total de cuanto era, tenía y valía. Un nutrido grupo de paisanos acompañaron a don Eduardo a la consagración episcopal, entre los que cabe destacar al alcalde y la corporación municipal. Al final de la ceremonia el alcalde [Andrés Moreno] y la corporación municipal felicitaron efusivamente al obispo. Los concejales viajaron en coches particulares, y estaban todos. [...] entregué [Amadeo Romá] al nuevo obispo un álbum de fotografías de interés local, y un cuadro de la Virgen de los Dolores [obra de Carlos Plasencia] (Romá, 2001, p. 244).

¹⁰ Según el Concordato de 1953 entre la Santa Sede y el Estado Español, Nunciatura y Gobierno tenían que proceder en común acuerdo para enviar una terna de candidatos a la Santa Sede para ser nombrados.

¹¹ «Conviene que nosotros nos gloriemos en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo» (Gal 6, 14).

8. OBISPO Y PASTOR

En el momento en que don Eduardo Poveda tomó posesión de la sede de Zamora, ésta estaba profundamente dividida. De hecho, momentos antes de su consagración episcopal, un catedrático de la Facultad de Burgos le comentó a don Ramón Arnau¹²: «Si tu amigo consigue unificar la Diócesis, se merecerá un monumento aunque no haga otra cosa» (Arnau, 1993, p. 4). Tal era el grado de división que reinaba en Zamora. Esta fue precisamente la inquietud principal del nuevo obispo que ya manifestó en su primera alocución. Con la ayuda de Dios, y como otras tantas que se propuso, lo consiguió maravillosamente gracias a su talante dialogante. Siempre estuvo adornado por las virtudes de un carácter apacible y abierto, desviándose en todo instante por los demás, con el añadido de una conducta ética y religiosa intachable, pero sin mojigaterías, como si ya presintiese su futuro; vivió así incluso en los tiempos difíciles de la Guerra Civil, cuando estuvo destinado al frente de Levante —concretamente en la provincia de Teruel— como perteneciente a la «Quinta del Biberón»¹³, pues hacían falta soldados en el bando republicano y a él le tocó en suerte estar en esta parte del conflicto. Afirman los que le conocían —como es el caso del catedrático e hijo del pueblo, don Vicente Gandia Gomar (1922-1997)— que les costaba imaginárselo en ese trance, pues en nada encajaba con su estilo y creencias (Claramunt, 1992, p. 2)¹⁴.

En la persona de nuestro querido obispo, acrisolado por su gran devoción a la misa y a la Virgen de los Dolores (imagen que llevó consigo desde su pueblo natal y que tuvo en la capilla del Palacio Episcopal de Zamora en todo instante)¹⁵. Quien pase la vista por su biografía, comprenderá que don Eduardo resaltó como hombre de cultura, como filósofo y, ante todo y, sobre todo, como hombre de Dios. Pocos ejemplos tan notables son comparables con su caridad delicada y su humildad edificante, con su piedad

¹² Amigo íntimo de D. Eduardo Poveda desde que ingresaran juntos en el Seminario. Hijo de la localidad de Alberique, a cinco kilómetros de Villanueva de Castellón. Sacerdote eminente de la diócesis de Valencia a la que sirvió muchos años como profesor catedrático de Teología y Deán de la Catedral. También fue elegido como miembro de la Academia Valenciana de la Lengua.

¹³ Los componentes de la Quinta del Biberón fueron llamados a filas en 1938, y lucharon en los frentes del Ebro y del Segre, con tan sólo 17 años. Muchos de ellos hallaron la muerte en combate y otros quedaron marcados para el resto de sus vidas.

¹⁴ El Instituto de Educación Secundaria de Villanueva de Castellón lleva el nombre de este eminente catedrático.

¹⁵ Patrona de la localidad valenciana de Villanueva de Castellón.

y laboriosidad incesantes, a través de las que promovió magníficas obras de evangelización. Supo aunar los conceptos de dos esencias para él muy queridas: las de obispo y las de amigo, que permearon un buen número de aspectos de su personalidad con el trato afectuoso a tantos jóvenes que a él se acercaron: «él nos escogió y nos dio a conocer su fe, su sabiduría, sus conocimientos filosóficos, su hondo sentido de lo divino; y sentados alrededor de su mesa, compartimos las onomásticas, y la alegría» (Ares Juan, 2018, p. 26). Se añadía a lo anterior un amor entrañable a todo lo suyo, a su Villanueva de Castellón natal y sus estrechas calles, con todo lo que significa su parroquia de Nuestra Señora de la Asunción; su banda de música, la Lira Castellonense —donde tocó el clarinete—; sus campos de naranjos y arroz y los agricultores que pueblan la huerta; sus costumbres, tradiciones y lengua. Por todo ello mostró gran estima, y lo traslucía allá donde quiera que fuese. Sin duda, fue el mejor embajador de este tranquilo pueblo de la Ribera del Júcar.

9. PRESIDENTE DEL COMITÉ EPISCOPAL PARA LA DEFENSA DE LA VIDA

Don Eduardo fue un firme defensor de la vida humana desde su más tierna concepción a su fin natural en su labor de sucesor de los apóstoles. Defendió la vida desde su comienzo más tierno al fin último de la misma. Amaba la vida y quería trabajar por ella. Quiso ser un firme heraldo, sin complejos, dedicándose con entereza a defenderla. Pronto se le ofreció un trabajo sencillo a priori, pero de una enorme responsabilidad y necesidad social: conocer las Asociaciones Civiles en favor de la vida y ser capaz de articularlas. La Conferencia Episcopal Española le había encargado la responsabilidad del Comité Ético para la Defensa de la Vida. Éste era un terreno difícil, prácticamente inexplorado en España, pues no había habido ataques públicos a la vida hasta entonces y ahora asomaban los primeros. Defender la vida [cuando la práctica oculta del aborto podía existir, pero no fue legalizado hasta 1985], era visto, por los partidarios del aborto, como una rémora del franquismo, mientras que dicha práctica era considerada por sus defensores como una liberación de la mujer y de la opresión machista. Podemos comprender cómo en esta época, tan cercana a la época de la dictadura y en plena transición democrática española, la cuestión del aborto estaba teñida de claros tintes políticos que alejaban el debate de su vertiente antropológica. Don Eduardo advirtió en distintas ocasiones de este peligro: «Y espero que nadie diga que con esta Carta Pastoral estoy haciendo política

o favoreciendo a uno o a otro partido político. Defiendo lo que es doctrina de Fe de la Iglesia, en la que siempre hemos creído y que, por lo demás, es bien conocida por todos [...] No es la Iglesia, pues, la que en estos momentos se mete en política, sino que es más bien la política la que se ha metido en un terreno que para la Iglesia ha sido sagrado e inviolable» (Poveda, 1983).

El ambiente político no era nada favorable, y el mundo eclesial se mostraba dividido y un tanto frío al respecto. Optar por la vida, según la sesgada visión de algunos, no era progresista y, para otros, constituía además un serio riesgo de derechizarse, tendencia que estaba de moda y que don Eduardo intentó disociar en todo momento, pues este no era un tema estrictamente político y sí humano. Se trataba de conocer a las personas, dialogar con ellas, crear relaciones nuevas e infundir confianza en la Iglesia. Apostó decididamente por la vida, identificándose con el Magisterio de S.S. Juan Pablo II. Después de haber roturado el terreno difícil y haber establecido puentes de comunicación entre los distintos grupos, nace un pequeño equipo que dará lugar a la formación del Comité Episcopal para la Defensa de la Vida: Doctores en Teología, Biología, Medicina, Derecho, Farmacia, etc.; fueron sus consejeros y amigos. Así lo recuerda el catedrático de medicina y uno de los grandes defensores de la vida —en una entrevista personal—, don Justo Aznar Lucena, que formó parte de este Comité y lo recuerda con gran admiración:

El Comité Episcopal para la Defensa de la Vida, iniciado en su momento por don Eduardo Poveda como órgano dependiente de la Conferencia Episcopal Española, se presenta oficialmente el 25 de marzo de 1991, pero ya fue iniciado con anterioridad. Presenta el primero de una serie de trabajos relacionados con el valor y la dignidad de la vida humana, y con la consideración que debe merecer por parte de las personas, las instituciones, los poderes públicos y la propia legislación. Se buscaron unos criterios sólidos y una panorámica lo más amplia posible sobre el fenómeno del aborto provocado, su realidad biológica, tratamiento legal, consideración social y sus aspectos ético-morales (Aznar Lucena, 11 de diciembre de 2010).

Nombra Secretario General del Comité a don José Luís Irizar Artiach, fiel colaborador y amigo, como él mismo señaló: «En el largo periodo que trabajamos juntos en dicho organismo. Los que conocimos a don Eduardo sabemos cómo sufrió el día que se despenalizó el aborto en España» (Irizar, 1993, p. 36). Corría el año 1985¹⁶. Fruto de esto escribió un documento que le produjo un gran dolor por las dificultades que encontró en su publicación,

¹⁶ Ley Orgánica 9/1985, de 5 de junio, de reforma del art. 417 bis del Código Penal (BOE 12-7-1985) 2.

con un decidido: ¡No al aborto! Encabezó la manifestación que se celebró en Madrid en contra del aborto el día 2 de noviembre de 1983. En dicho documento, firmado el día de Santo Tomás de Aquino, o sea, el 28 de enero de 1983, decía lo siguiente:

Para los cristianos el aborto provocado va contra el sagrado derecho a la vida que tiene todo ser humano. Para nuestra Fe la vida es un don de Dios que el hombre debe siempre respetar y cuidar sin poder disponer de ella. El homicidio en la Biblia aparece como un pecado de los que claman al cielo. Cristo se identificó con las vidas de todos los hombres y manifestó su predilección por los más marginados, los más débiles y los más indefensos. Con ello se ha revelado inequívocamente el valor intrínseco de la vida de todo hombre independientemente de sus cualidades y de su utilidad social. El derecho a la vida es inherente a la vida misma, es un valor en sí, intangible y que debe ser respetado y salvaguardado. Y todo esto queda en entredicho si se legitima el aborto (Poveda, 1983).

En las circunstancias que creyó conveniente asumió a título personal las decisiones oportunas que requería su responsabilidad, eso sí, previamente consultadas en horas de silencioso Sagrario, pero siempre consultada en última instancia con sus más estrechos colaboradores: «Las decisiones fueron tomadas en diálogo fraterno, y sólo quienes tomaron parte de su consejo pastoral saben de quién partió la iniciativa, porque el obispo las tomó con el mismo entusiasmo como si fueran propias, siempre teniendo como fin el bien de las almas. Eso es gobernar eclesialmente» (Irizar, 1993, p. 36). A este respecto, recuerda perfectamente el prelado don Julián López Martín¹⁷, como fueron estos comienzos y las dificultades del momento en articular desde la nada un Comité de Defensa de la Vida en la CEE: «Fue presidente del Comité para la Defensa de la Vida Humana cuando en nuestro país empezaba a extenderse la epidemia del aborto consentido y más tarde despenalizado. Supo acompañarse de un grupo de teólogos, biólogos y médicos, que quedaron prendados de su sencillez, humildad y confianza que infundía su presidente» (2018, p. 13).

10. ACTIVIDAD PASTORALES EN LA DIÓCESIS DE ZAMORA

Se propuso sacar adelante dos iniciativas personales: una fue la construcción de la Casa de la Iglesia, que no vio terminada, y que quiso llevar a

¹⁷ El actual Obispo de León lo recuerda vivamente y a ello «contribuye un sencillo anillo pastoral que le perteneció a don Eduardo y que lleva prácticamente siempre en su ministerio» (López Martín, 2018, p. 11).

cabo a pesar de no encontrar demasiado entusiasmo entre sus consejeros personales y colegiados. La otra fue su carta pastoral de 1980 «Potenciar la Parroquia», que dotó de contenido a cuatro objetivos pastorales diocesanos prioritarios, además de dar origen a una forma de programación pastoral que buscaba coordinar el trabajo de los distintos grupos y sectores de la diócesis en torno a un objetivo común. Se trataba de crear un tipo de pastoral renovada y unificada en toda la diócesis, potenciando cada año un aspecto importante de la acción evangelizadora.

Entre las realidades impulsadas durante su mandato, destaca sobremanera la atención al patrimonio, tanto histórico-documental y artístico, como de construcciones al servicio de la pastoral. Ahí quedaron, como fruto maduro de su preocupación, la biblioteca diocesana y los archivos diocesano y catedralicio, catalogados, acondicionados y abiertos a la investigación. Abierto dejó un taller diocesano de restauración. Numerosos templos, monumentales o humildes, recibieron la restauración adecuada para la dignidad del culto que administran. Las parroquias fueron adecentadas y abastecidas de locales parroquiales para sus actividades y necesidades pastorales. Se creó una «Casa Sacerdotal», que tanto bien ha hecho entre el clero mayor, pues fue un inestimable punto de encuentro y acogida, al tiempo que servía de reposo al final de la jornada para muchos. Fundó «La Casa de la Iglesia», donde aún hoy prestan sus servicios Caritas Diocesana y las distintas delegaciones de apostolado seglar que repercuten directamente en el bien de los más desfavorecidos socialmente. Entre este pequeño elenco de actividades pastorales, que fueron sobresalientes por su trabajo y empeño, no ocupa un lugar secundario el capítulo de la pastoral social. Bajo su guía, Caritas Diocesana experimentó una gran mejora. De entidad fundamentalmente limosnara, se convirtió en patrocinadora y promotora de una auténtica tarea social. Las residencias de ancianos de «Fermocelle» y «Alcañices» son una buena muestra de ello. El Proyecto Hombre en Zamora para la rehabilitación de toxicómanos contó desde el primer momento con su estima y apoyo, sin los cuales no hubiera sido posible, no sólo su creación, sino la superación de las dificultades sobrevenidas en su primera andadura. Desde 1988, en Zamora, ha sido posible que muchos jóvenes degradados por la droga hayan vuelto a vivir como personas, gracias a la acción de este proyecto terapéutico. También apoyó firmemente las «Cooperativas Textiles», con el fin de sacar a muchas familias de la pobreza y el paro. Todas estas obras pastorales han quedado como testimonio de su entrega y así lo siguen recordando los zamoranos:

Huellas tuyas son tantas y tantas casas de sacerdotes levantadas o puestas al día. Su amor a los sacerdotes lo llevaba a estar constantemente preocupado por

ellos, como lo testimonia la Casa Sacerdotal. [...] Huella suya fue también la Casa de la Iglesia, que habla de esa otra preocupación por el apostolado seglar. Movido por esta preocupación potenció la construcción de distintos Centros Parroquiales que en su tiempo se levantaron en casi todas las parroquias de la ciudad, como el hecho de que todas las casas para sacerdotes de nueva construcción lleven adosadas un salón parroquial. [...] No quiero dejar de lado el Proyecto Hombre de nuestra ciudad llevado por Cáritas Diocesana. Don Domingo Dacosta sabe mucho de este interés de don Eduardo ¡Cuántas diócesis de mayor envergadura que la nuestra, no se habían atrevido a ponerlo en marcha! Sin embrago don Eduardo, conociendo la cruda realidad del problema de la droga, le dijo: ¡Adelante!» (Prieto Girón, 2018, pp. 21-22).

La formación de sacerdotes y laicos fue una de sus grandes preocupaciones. Los seminarios diocesanos fueron objeto prioritario de su solicitud pastoral, confiando plenamente en las personas a quienes había encomendado su funcionamiento, pero estando el mismo presente con frecuencia, siempre como presencia cercana e interesada: «desde su trato con los seminaristas y los curas jóvenes desacataba su sencillez y cercanía, que en cristiano llamaríamos humildad» (Montalvo Fernández, 2018, p. 18). Para la formación permanente de sacerdotes y laicos restauró el entonces desaparecido Instituto Teológico San Ildefonso, con sus cursos de Teología para seglares, cursos de formación permanente del clero, el curso para la obtención de la DEI en orden a la enseñanza religiosa, y la Cátedra Juan Pablo II para impartir conferencias sobre temas eclesiales y de actualidad. Durante toda su etapa y su ministerio en Zamora se encargó personalmente de formar a su grey, como el caso de unas breves catequesis en la cuaresma del año 1908 que dirigió a sus diocesanos. Lo recuerda el que fuera su secretario personal don Ramón Fita Revert, cuando don Eduardo alertaba de las críticas fáciles al papado por parte de los fieles y que en ese momento pedían la firmeza y calidad de su pastor:

Siempre creyó que su deber era darles una palabra que confirmase su fe, pues esa es la misión fundamental del Obispo por mandato de Jesucristo. Precisamente aquel año habló de la Fe como actitud básica del cristiano. Entonces estaba sobre el candelerero el caso del profesor Hans Küng. La gran polvareda que se levantó en algunos sectores y la difusión de noticias poco exactas aparecidas en diversos medios de comunicación, le hicieron pensar que, tal vez, los cristianos de Zamora esperaban de él, como pastor y guía de su Fe, una palabra suya. [...] En aquellas catequesis don Eduardo Poveda dijo claramente que los católicos no necesitamos el culto a la personalidad, ni siquiera a la del Papa. Pero no podemos callar ante las injusticias, los ataques virulentos y desconsiderados [a la figura del Papa]. Un católico debe tener un mínimo de respeto, de piedad filial, de ánimo abierto al que es cabeza visible de la Iglesia. Al menos, un poco más de serenidad, de equilibrio y de justicia en la crítica (Fita Revert, 2018, p. 17).

Se mostró en todo momento cercano a la gente y en sintonía con las manifestaciones de piedad popular, tan abundantes en tierras castellanas y que quiso se llenaran de concordia entre sus diversos miembros, no en vano le empezaron a llamar «el pacificador» (López Martín, 2018, p. 12). No quedó fiesta religiosa de arraigo popular en la que no estuviera presente. En este sentido, es especialmente digno de mención su acercamiento a la realidad de la Semana Santa zamorana y sus cofradías: «Mantuvo una relación cordial con el rico mundo de las Cofradías y su Junta Directiva» (Uriarte, 2018, p. 10). Su origen valenciano le proporcionó una especial sensibilidad hacia este tipo de manifestación religiosa, que hacía hincapié en el misterio pascual de la muerte y resurrección del Señor, como así sucede en Semana Santa del cabañal en los pueblos marítimos de Valencia. Quedan como testigo de su acción pastoral en el Boletín Oficial del Obispado sus homilías en las ocasiones más solemnes e incluso comprometidas, las innumerables cartas pastorales publicadas para las jornadas nacionales o diocesanas, sus catequesis en la prensa en los tiempos fuertes de año litúrgico, etc.... Y tantas otras actividades en las que se va concretando el ministerio de un obispo que trató de ser fiel a su Señor, a la Iglesia y a la porción de la misma que le fuera encomendada, en comunión con sus hermanos en el episcopado, muy especialmente con la Iglesia de Zamora, de cuya realidad participó y a la que apoyó decididamente.

11. ETAPA FINAL: ENFERMEDAD, RENUNCIA Y MUERTE

En su vida destacó por sus cualidades pedagógicas, su magisterio sobre los universitarios y su dedicación máxima a la formación de los seminaristas. Mons. Eduardo Poveda llevó a cabo el servicio de obispo de Zamora hasta que su edad y problemas de salud le obligaron a presentar su renuncia al Santo Padre. Tras ser aceptada, regresó a tierras valencianas, donde finalmente falleció. En la etapa de su enfermedad quedó privado de aquello que para un obispo es fundamental: la expresión vocal como instrumento esencial para el anuncio de la Palabra de Dios. Cuando comprendió que no podía llevar adelante la ingente tarea a él encomendada, pidió ser relevado por alguien que sirviera más y mejor a su Zamora del alma. San Juan Pablo II recibió a don Eduardo y a su fiel colaborador y secretario don Ramón Fita¹⁸, en una visita «ad limina Apostolorum», en Septiembre de 1991. Don

¹⁸ Ramón Fita Revert es actualmente Delegado Diocesano para las Causas de los Santos en la Diócesis de Valencia. Fue el secretario personal de don Eduardo hasta el

Eduardo se sentía enfermo y había presentado ya su renuncia a la diócesis por motivos de salud, pero la Santa Sede aún no se la había admitido. Así lo recuerda el que fuera su estrecho colaborador:

Llegó el momento de la audiencia personal con el Santo Padre. Ésta tuvo lugar en el Palacio Apostólico de Castelgandolfo. Era una mañana templada y radiante de sol. La panorámica que se divisaba desde las estancias pontificias era espectacular. El Papa y don Eduardo estuvieron a solas unos quince minutos; mientras, su secretario permaneció sólo en la antesala. Al terminar la entrevista se abrieron las puertas del despacho y los rostros de Juan Pablo II y del Obispo de Zamora rebosaban una paz y una felicidad inexplicables. La sala tenía una luminosidad especial porque el rayo de sol que penetraba a través de la ventana inundaba de claridad celeste la estancia. Ramón Fita, secretario de don Eduardo, se acercó al Papa, reverentemente le besó la mano y el Santo Padre le dijo delante de don Eduardo: Dígale al Señor Obispo, que desde la cruz y desde la enfermedad, también se sirve a la Iglesia (Fita, 1994, p. 27).

Sirvió a su diócesis con gran amor y con los ojos puestos en la Virgen, sabiendo que, al ofrecer su enfermedad por amor a las almas, el fruto sería abundante: «De su piedad mariana y profunda devoción a la Santísima Virgen habla su compromiso, mantenido durante mucho tiempo, de dirigir el rosario los sábados del mes de mayo en su iglesia, en la misma en la que quiso ser enterrado y donde luce constantemente una lámpara sobre su humilde tumba» (López Martín, 2018, p. 12). Así guió el timón de la barca de la porción de la Iglesia a él confiada, hasta que fue aceptada su renuncia por el Santo Padre en noviembre de 1991. Don Eduardo recibió de Dios el don de la religiosidad, en él destacaba un hondo sentido de lo divino, de modo que Cristo fue siempre la norma de su vida y el criterio de su conducta. Su mente clarísima al filosofar nunca fue partidaria de plantear las cuestiones antropológicas, y por lo tanto éticas, desde el derecho natural, prefería tomarlas en cuestión desde la cristología. Esta coincidencia con San Juan Pablo II fue una de las razones que le impulsaron a sentir un hondo afecto por el Papa. Desde su vivencia cristológica se comprende su constante vinculación con el pensamiento de San Pablo y su íntima devoción por Santa Teresita del Niño Jesús. A partir de estos ejemplos y de la humildad que de ellos se desprende, se sentía impulsado a realizar su vida en íntima unión con Jesucristo.

momento final de su vida. Cabe decir de este sacerdote valenciano, hijo de Montaverner, que trató a su Obispo con gran estima y diligencia. A él se refería con profunda admiración y con los ojos puestos en el cielo el que fuera obispo auxiliar de Valencia don Rafael Sanus Abad, en el marco de una entrevista personal: «lo trató mejor que lo hubiera tratado un hijo. Ha sido el servidor bueno y fiel del que nos habla el Evangelio de San Mateo en su capítulo 25» (Rafael Sanus, 1 de agosto de 2009).

Queda claro que don Eduardo fue, en el sentido estricto de la palabra, un hombre de Dios. Cabe reseñar como dato significativo, para que no se albergue ninguna duda respecto a lo dicho una anécdota más que elocuente. En los últimos días de su vida, ya muy enfermo y con serios problemas de memoria, tuvo un detalle más que significativo. En ese momento en que lo subconsciente domina sobre la conciencia, y que para tantas personas es delatora de sentimientos ocultos y reprimidos, en don Eduardo se reveló nítidamente su interior más profundo, es decir, el amor a Dios y a la Sagrada Eucaristía. En las últimas jornadas de su vida tuvo como única preocupación la dificultad que le sobrevenía por la su delicada situación al no poder celebrar la misa porque sus labios, ya torpes, le impedían consagrar al no pronunciar correctamente. El día 27 de febrero se acentuó esta situación, pero un teológico diálogo, seguido por él con suma atención, le devolvió la calma y le llevó de nuevo al altar. Tras la consagración, sus compañeros de curso le invitaron a que elevara al Santísimo, pero él repuso que no, porque se le caería de las manos. Así lo admitieron sus compañeros al instante y con cierta nostalgia. Pero, de momento y según cuenta don Ramón Arnau (1925-2008), que concelebraba a su lado, sucedió algo que le causó una enorme admiración: «Sin tener la Hostia en sus manos, pero como si la tuviese, con una devoción que se traslucía en todo su comportamiento, comenzó a elevar dignamente sus manos —vacías para nosotros—, pero portadoras del Santísimo para él. Con devoción exquisita la dejó sobre el altar e hizo la genuflexión. Se le veía feliz. Yo, al contemplar aquel acto, admiré más que nunca a mi amigo y me percaté de lo limpio que era en su interior, pues adoraba devotamente al Señor hasta en la subconsciencia» (Arнау, 1993, p. 4).

Destacó la adhesión al emotivo acto de su homenaje el presidente de la Conferencia Episcopal Española del momento, el Cardenal Ángel Suquía, que puso de relieve «las extraordinarias cualidades humanas del prelado y su excelente labor pastoral» (Beltrán, 1992, p. 43). Se sucedieron los telegramas de felicitación, entre los que destacaron los del Cardenal Tarancón y diversos prelados, compañeros todos ellos del entonces homenajeado. El día 3 de marzo de 1993 falleció don Eduardo después de una larga enfermedad y, si una vez se postró a los pies de la Virgen del Tránsito al llegar a Zamora para invocarla como Madre y Patrona, a sus pies, ahora, reposan sus restos esperando la feliz resurrección. Por expreso deseo de don Eduardo no fue enterrado en la Catedral zamorana, como así hubiera sido natural, pues ésta le parecía fría y desangelada; en cambio, pidió ser enterrado en un lugar de perenne oración y donde el Santísimo estuviera expuesto constantemente. El sepelio se produjo el día 6, tres días después de su muerte. Fue un entierro sobrio y religioso en parangón con su vida. Cuando en el hermoso

mediodía castellano, con un sol tibio que endulzaba el frío de la meseta, discurrían los sacerdotes y obispos por las calles zamoranas, envueltos en un recogido silencio, roto tan sólo por el solemne tañido de las campanas de la Catedral, era posible evocar el momento inolvidable de la procesión de las carpas en la noche del miércoles Santo zamorano.

De este modo, el entierro resultó como don Eduardo hubiese deseado, ponderado; pero, a la vez, traspasado de una indudable dimensión trascendente que se dejaba notar en aquel instante. Fue enterrado en el Convento de las monjas Clarisas de Zamora, por expreso deseo suyo, y allí descansa esperando la resurrección del último día. Recuerda nítidamente Mons. Juan María Uriarte, en la homilía del funeral, le dedicó las siguientes palabras en referencia a su dura enfermedad: «En un pastor las facultades mentales pueden reforzar su magisterio. Las cualidades proyectivas pueden ofrecer orientaciones válidas para la acción pastoral. Solo la bondad y la mansa paciencia conquistan los corazones porque son reflejo de su bondad y la paciencia del Señor» (Uriarte, 2018, p. 10). Así vivió y entregó su vida un apóstol de Cristo que sirvió fielmente a labor que le fuera encomendada.

CONCLUSIONES

1. La historia de vida es un género literario que nos ayuda a acercarnos a la reconstrucción de una biografía que ha sido significativa por su labor, en este caso pastoral, del modo más fidedigno posible. Los artículos de prensa, las entrevistas semiestructuradas y los escritos del mismo autor, así como el testimonio directo de aquellos que le conocieron, nos permiten acercarnos a lo que fueron su misión y sus vivencias personales en un determinado contexto histórico, con la intención primordial de aportar luz sobre aquel momento tan importante de la Iglesia española en pleno nacimiento de la democracia.
2. El obispo de la diócesis de Zamora don Eduardo Poveda Rodríguez (1976-1991), dejó una huella imborrable para los zamoranos que aún le recuerdan con gran estima y cariño. Ninguna referencia biográfica se había realizado sobre tan significativo personaje para la historia de la Iglesia contemporánea de España. Con esta reconstrucción de su vida y su posterior publicación se hace justicia a un personaje señero de finales del siglo XX.
3. Desde muy joven destacó por las virtudes de una profunda piedad y una viva inteligencia, por lo que a nadie extrañó su deseo temprano

de ser sacerdote. Su talento le condujo, después de ser ordenado sacerdote, a ampliar estudios a la Universidad Católica de Lovaina en Bélgica, donde se especializó en la filosofía española, especialmente en el pensamiento de Ortega y Gasset. Estos estudios le ayudaron después a tender puentes entre la cultura del momento y la fe religiosa. De esta forma se anticipó en su práctica sacerdotal a la necesidad que postulara la encíclica de San Juan Pablo II: *Fides et Ratio*, en el sentido de que la fe y la razón deben buscar la verdad a través de un fructífero diálogo y de encuentro mutuo que a ambas enriquece.

4. Todo este bagaje intelectual y humano llamaron la atención de Roma, después de haber ocupado distintos cargos de enorme responsabilidad en la diócesis valenciana, y por ello el papa Pablo VI le nombró obispo en 1976. Se trata de la primera terna de obispos, la suya, en la que la autoridad política no tuvo incidencia alguna. De esta forma tomó las riendas de una diócesis de Zamora por entonces muy dividida. Su misión fue la de unir a todos sus feligreses y dinamizarla pastoralmente, así como dotarla de las estructuras necesarias para hacer de ella una diócesis moderna que atendiera todas las necesidades: humanas y espirituales.
5. La defensa de la vida en el seno materno comenzaba a ser necesaria, y la CEE le encargó la misión de organizar un buen equipo de profesionales de todos los campos que articularan una voz pública desde la Iglesia en defensa del sí a la vida. Tal empeño se mostraba como un tremendo desafío y don Eduardo tuvo la habilidad de empezar esta labor desde cero. De este modo tan eclesial gobernó la diócesis de Zamora y colaboró estrechamente con la CEE en el capítulo de la defensa de la vida, hasta que llegó el momento de su enfermedad y su renuncia en 1991 y hasta su muerte en 1993. Murió como vivió, en medio de una profunda religiosidad que se hacía ostensible incluso en sus momentos más delicados. Ahora sus restos descansan en el Convento de las monjas Clarisas de Zamora, por expreso deseo suyo, y allí descansa esperando la promesa de la resurrección.

REFERENCIAS

- Ares Juan, M. T. (2018). Don Eduardo: Mi amigo en el recuerdo. En *Cúpula* Núm. 24 (25-27). Zamora: Asociación Amigos de la Catedral.
- Arnau, R. (21 marzo de 1993). Una Eucaristía soñada. *Iglesia en Valencia*, n.º 276.
- Aznar Lucena, J. (12 de diciembre 2010). *Comunicación personal*.

- Beltran, P. (18 de febrero de 1992). La misa de homenaje al obispo de Castelló fue oficiada por diez sacerdotes. *Periódico Levante*.
- Blasco, J. L. (31 de marzo 1993). En memoria de D. Eduardo. *Periódico Levante*.
- Cárcel Ortí, V. (2002). *Historia de la Iglesia en la España Contemporánea*. Madrid: Palabra.
- Claramunt Llácer, F. (1992). Homenaje popular a Monseñor Eduardo Poveda Rodríguez. *Hoja Parroquial de Villanueva de Castellón*.
- Escrivà Gregori, J. (18 de abril 1993). Un mes después: Don Eduardo y nosotros. *Iglesia en Valencia* n.º 280.
- Fita Revert, R. (2018). 25 años de la muerte de don Eduardo Poveda. En *Cúpula* Núm. 24 (16-17). Zamora: Asociación Amigos de la Catedral.
- (febrero-marzo 1994). El método de un antiguo consiliario de Pastoral Universitaria. *Diálogo Universitario: suplemento de Iglesia en Valencia*, n.º 17.
- Goodson, I. F. (2004). *Historias de vida del profesorado*. Barcelona: Octaedro.
- Irizar Artiach, J. L. (abril de 1993). In Memoriam. *Vida Familiar*, n.º 25.
- La Vanguardia Española (14 de octubre de 1976). *Religión y Tiempo*.
- López Hidalgo, A. (2002). La «historia de vida» periodística, un género poco usual en la prensa española. *Revista Latina de Comunicación Social*, 47. Recuperado el 17 de agosto de 2017 de: <http://www.ull.es/publicaciones/latina/2002/latina47febrero/4702lopez.htm>
- López Martín, J. (2018). Mons. Eduardo Poveda en el recuerdo. En *Cúpula* Núm. 24 (11-13). Zamora: Asociación Amigos de la Catedral.
- Montalvo Fernández, A. (2018). Don Eduardo. Un obispo bueno. En *Cúpula* Núm. 24 (18-19). Zamora: Asociación Amigos de la Catedral.
- Perelló, S. (2009). *Metodología de la investigación social*. Madrid: Dykinson.
- Poveda, E. (28 de agosto 1987). *Homilía Coronación Virgen de los Dolores de Villanueva de Castellón*. Villanueva de Castellón.
- (28 de enero de 1983). *Doctrina Episcopal sobre el Aborto*. Zamora, Festividad de Sto. Tomás de Aquino.
- Prieto Girón, R. (2018). Un obispo cercano. En *Cúpula* Núm. 24 (21-22). Zamora: Asociación Amigos de la Catedral.
- Romá Martorell, A. (2002). *Recuerdos que se pueden contar*. Villanueva de Castellón: Impremta Capsir.
- Ruiz Olabuénaga, J. I. (2012). *Metodología de la investigación cualitativa* (5 Edic). Bilbao: Universidad de Deusto.
- Sanus, R. *Comunicación personal*, 1 de agosto, 2009.
- Szczepanski, J. (1979). El método biográfico. En *Papers: Revista de Sociología*, Vol. 10.
- Uriarte, J. M. (2018). Solo los buenos nos hacen santos. En *Cúpula* Núm. 24 (9-10). Zamora: Asociación Amigos de la Catedral.
- Vilaplana Blasco, J. (2018). Recuerdos. En *Cúpula* Núm. 24 (14-15). Zamora: Asociación Amigos de la Catedral.